

A partir de Foucault

En *Subjetividad y verdad*, desde la ilustración del elefante en tapa, Foucault comienza pidiendo perdón por referirse a la vida de esos animales. Como en el *Seminario 1*, pero por otras razones, en su última clase Jacques Lacan se puso a distribuir figuritas de elefantes. Que la imagen no eclipse la estructura, podríamos decir, parafraseando a Masotta. “Sólo con la palabra elefante y el modo en que la utilizan los hombres, les ocurren a los elefantes cosas, favorables o desfavorables, fastas o nefastas, pero de todos modos catastróficas, antes incluso de que se haya alzado un arco o un fusil. Por otra parte, es evidente, basta con que hable de ellos, para que gracias a la palabra elefante, no sea necesario que estén aquí para que efectivamente estén aquí, y sean más reales que los individuos elefantes contingentes” sostiene Lacan. La gran diferencia es entonces para qué se los usa, podríamos afirmar. Y retomando en el mismo Seminario, como si hablara de este curso: “A la proyección de la imagen le sigue constantemente la del deseo”.

Foucault pone a la ideología antropologizante de los elefantes en aprietos, o mejor dicho a todos los que usan a estos animales como una metáfora de una subjetividad (“...querría recorrer la fábula del elefante como modelo y blasón de la buena conducta conyugal”) que se quiere hacer pasar por verdadera, con el cristianismo de un san Francisco de Sales, pero también y gracias a su rastreo investigativo, desde el naturalismo pagano en la Antigüedad griega y latina (Solino, Eliano, Plinio, por ejemplo). El porqué del uso de esta fábula se debe a razones que tienen que ver con la naturaleza de la cuestión, con el dominio histórico y con el método utilizado por Foucault.

Se trata de plantearse el problema de “subjetividad y verdad” en la tradición filosófica: “...cómo y en qué condiciones puedo conocer lo verdadero, y asimismo: ¿cómo es posible el conocimiento en cuanto experiencia propia de un sujeto cognoscente? Y también ¿en qué puede reconocer quien hace esa experiencia que se trata, en efecto, de conocimientos verdaderos? Digamos que el problema filosófico “subjetividad y verdad” puede caracterizarse del siguiente modo: resolver la tensión entre dos proposiciones”. Por supuesto Foucault remarca distintas maneras de reformular el mencionado problema: filosófica, positivista, e histórico filosófica.

Los puntos de partida implican revisar “los problemas históricos de la locura, la enfermedad, la muerte y el crimen, (en donde) la subjetividad no se concibe sobre la base de una teoría previa y universal del sujeto, no se la relaciona con una experiencia originaria o fundacional ni con una antropología que tenga un valor universal”; que “lo importante, en esta cuestión de la verdad, es que una serie de cosas pasan efectivamente por verdaderas y que el sujeto mismo debe producirlas, o aceptarlas, o someterse a ellas”; y en tercer lugar, que el material histórico muestra “la manera en que las subjetividades como experiencias de sí y de los otros se constituyen a través de las obligaciones de verdad, a través de los lazos de lo que podría llamarse veridicción”.

Lo que le interesa a Foucault es “cuándo, cómo, dentro de qué procesos, dentro de qué medios, dentro de qué prácticas e instituciones, paganas o no, se formaron los principales elementos de nuestra moral sexual”. Este último sintagma resuena en la lectura de *La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna* y aquello que señala Freud acerca del efecto sintomático psiconeurótico que tienen las renunciaciones a determinadas satisfacciones sexuales en la sociedad moderna. Y en ese último punto coincide, por supuesto sin ser lo mismo, con lo que Foucault caracteriza como *biopolítica* “la normalización de las conductas sexuales en función de lo que se considera políticamente como exigencia de una población” diferenciada, en un sentido quizá contrario, de la biopoética, una suerte de “fabricación de la propia vida”.

Este curso dictado en 1981 tiene la erudición de la que siempre hizo gala Michel Foucault. Desde un comienzo, sus lecturas de referentes cristianos y paganos, latinos y griegos, ascetas, encratitas y libertinos, pasando por Feuerbach, Weber, Marx y Freud, nos ilustran en una búsqueda incansable, plena de razonamientos históricos, dialécticos, nihilistas, deconstructivos, experienciales.

Volviendo a la función metafórica del elefante en Foucault, la cuestión es cómo esa literatura significa para él los modos de vida, de ser, de hacer, la pedagogía, los buenos modelos de existencia y de conducta, que implican un verdadero “arte de vivir”, desde la Antigüedad en adelante, pasando por Erasmo hasta los moralistas del siglo XVII. Todo esto tiene efectos de prescripción para la humanidad, y eso dentro de “las relaciones con los otros significa que las artes de vivir se aprenden”. Lo que está en juego en esas artes puede nombrarse con tres palabras griegas: máthesis (relación con los otros), melete (meditación, reflexión) y áskesis (ascesis, trabajo de sí sobre sí mismo). Se trata de “tecnologías del sí mismo”, que están entre modelos de conducta y principios de valorización.

Me interesa la diferencia que introduce Foucault respecto del psicoanálisis, aludiéndolo sin nombrarlo, en relación a algunos de sus conceptos: “Se advertirá lo lejos que estamos de una historia de la sexualidad que se organice alrededor de la buena y vieja hipótesis represiva y sus interrogantes habituales (¿cómo y por qué se reprimió el deseo?) Se trata de los actos y los placeres, y no del deseo”. O tal vez solamente se trate de lo que va de la *voluntad de saber* al *uso de los placeres*. En definitiva, dice: “El deseo es en efecto lo que yo llamaría el trascendental histórico a partir del cual se puede y se debe pensar la historia de la sexualidad (...) pero “sería un poco inadecuado y muy insuficiente (...) querer hacer una historia de la sexualidad en términos de represión de deseo”. Y sin embargo la historia de cada sujeto está anudada a su deseo, inconsciente para el psicoanálisis, inmerso en su dialéctica.

Ha sido ya puntualizada a partir de *La voluntad de saber*, primer ejemplar de la serie *La historia de la sexualidad*, la supuesta continuidad de la práctica de la confesión que iría de la iglesia cristiana a la clínica psicoanalítica. No haría falta más que ubicar que la primera gobierna, domina, disciplina, controla, y sigue ejerciendo su poder sobre individuos, poblaciones, etc, y la segunda es una

práctica en donde alguien dice compleja y simplemente lo que se le ocurre, sin prescripciones, decálogos de vida ni penitencias, frente a un otro que no lo dirige en función de un Bien ni ejerce el poder de la sugestión, pero que lo implica en un tratamiento hacia la singularidad de cada cual frente a su deseo inconsciente, con sus goces, con la decisión de hacerse cargo de ello.

Por otra parte, quisiera mencionar en relación al segundo gran rescate de Artemidoro de Daldis, el gran onirocrítico de la Antigüedad, hecho por Foucault (el primero es Freud). En particular resaltaré que a Foucault le interesa, respecto del contenido sexual de los sueños, “la percepción ética propia de la experiencia griega de los *aphrodisia*” (no confundir con la experiencia cristiana de la carne ni con la experiencia moderna de la sexualidad), porque Artemidoro “no emite un juicio directamente positivo o negativo sobre los diferentes actos sexuales”. Foucault advierte que hay un *isomorfismo*: “los actos sexuales tienen un valor pronóstico para acontecimientos que corresponden en esencia a la vida social”, porque no se trata que hay un código simbólico entre ambos, sino que hay continuidad. A partir de lo que se propone Artemidoro, es decir, deducir, pronosticar, a Foucault le interesará el juego de correlaciones entre los actos sexuales y la vida social, así como las jerarquizaciones de unos actos sexuales con respecto a otros.

De las conclusiones estructurantes sociales que extrae Foucault del antiguo intérprete de Daldis (o de Éfeso) respecto de cómo se fabrica aquello que determina a la cultura occidental actual, (la ética sexual basada en el hombre adulto, casado y libre, desde un principio activo) , planteo un contrapunto con su posteriormente denostado Freud, quien había sostenido en otro tiempo (1914), en función de una clínica que tal vez le parezca conformista, lo siguiente : “La técnica que expongo en lo que sigue se aparta de los antiguos en un punto esencial, a saber, que defiere al propio soñante el trabajo de interpretación. No quiere tomar en cuenta lo que se le ocurre al intérprete, sino lo que se le ocurre al soñante sobre el elemento correspondiente del sueño”. Y al mismo tiempo una coincidencia, ya que tenemos en ese prolífico 1981 de Foucault esta cita verdaderamente confluyente con el psicoanálisis: “...es muy significativo que, con referencia a los sueños sexuales y no a los otros, por supuesto, Artemidoro ponga en juego un hecho lingüístico que es bastante claro y evidente, es decir, la polisemia, la ambigüedad de sentido económico-sexual de muchas de las palabras griegas”. Puntos de encuentro y desencuentro de su recorrido frente, junto y contra el psicoanálisis.

Michel Foucault ha tenido en este curso una incansable forma de narrar, una vez más, su propia investigación histórica, para nutrir tal vez de elementos críticos aquello que se ha querido naturalizar acerca de la locura, el matrimonio, la sexualidad, la criminalidad y todo aquello que implique a la subjetividad occidental, como técnicas de sí articuladas a la gubernamentalidad también de los otros.

Concluiré con un texto que no deja de tener actualidad, que pareciera criticar las imposturas, y que está en el momento previo a este curso de 1981, en su

Historia de la sexualidad, de 1976, tomo 1: “Después de decenas de años, nosotros no hablamos del sexo sin adoptar una cierta pose: conciencia de desafiar el orden establecido, tono de voz que muestra que uno se sabe subversivo, ardor en conjurar el presente y en llamar a un futuro cuya hora uno piensa que contribuye a apresurar”.

Referencias bibliográficas:

Subjetividad y verdad. Michel Foucault.

Historia de la sexualidad 1. La voluntad de saber. Michel Foucault.

La interpretación de los sueños. Sigmund Freud.

Seminario Los escritos técnicos de Freud, Libro 1. Jacques Lacan.